

JARDÍN



Jesús, una vez había terminado de cenar con los discípulos y haber pronunciado sus últimas palabras de despedida (Jn 17), salió del Cenáculo y descendió hacia el torrente Cedrón para iniciar el camino que le llevaría a la cruz. Llegó a un jardín, que Marcos y Mateo llaman Getsemaní (Mc 14,32; Mt 26,36). El lugar era, probablemente, un terreno cultivado circundado por un muro de piedras, como tantos que se ven hoy en Tierra Santa.

Como dice Juan, Jesús se retiraba a menudo al jardín (in griego: kêpos) con sus discípulos (Jn 18,1). Jesús, como Adán, fue tentado precisamente en el jardín, y en un jardín es el lugar donde se encontraba la tumba de la resurrección. El tema teológico de 'Jesús nuevo Adán', que san Pablo afronta en la Carta a los Romanos (Rm 5,12-21) está estrechamente ligado a lo que ocurre en el jardín de Getsemaní.

Dios creó a Adán como primer hombre, a su imagen y semejanza, y le pone en el jardín del Edén, el lugar en el que es tentado y donde peca comiendo el fruto prohibido (Gn 2 y 3).

El pecado se revuelve contra toda la humanidad, generando en el hombre la condición del mal. Pero Dios pone a otro hombre en el jardín, a su Hijo Jesús. En el jardín de Getsemaní Jesús, nuevo Adán, es tentado por el mal, tentación que le llena de angustia y que le empuja a pedir a los mismos apóstoles que recen, “para no entrar en tentación” (Lc 22,40). Jesús comparte la miseria del hombre, su doble condición de bien y mal. Pero es en su obediencia a la voluntad del Padre y venciendo en sí mismo el pecado como se convierte en el nuevo Adán (Hb 10,5ss) que salva a la humanidad entera y restituye al hombre la semejanza con Dios.

Jesús reabre el jardín, el lugar que Dios ha destinado al hombre, el lugar del Cantar de los Cantares en el que el esposo encuentra a la esposa. El jardín que Jesús reabre es el lugar en el que el encuentro con Dios se convierte en amor y nueva alianza.